

Cuaresma: Tiempo de limpieza interior

Kathy Kuczka

Cada año, mi madre movía los muebles de la sala y cambiaba las cortinas de la estancia familiar. También abría gabinetes y cajones de la cocina, para sacar y limpiar platos, vasos, copas, jarras, platonos, cacerolas, tazones, porcelanas y platería. Parecía como si se preparara para el mayor de los banquetes del año. Ella decía que era la limpieza profunda de primavera.

Cada año, por ese mismo tiempo, la Iglesia nos da la oportunidad de hacer una profunda limpieza de primavera. Lo que llamamos Cuaresma, en inglés es “lent” y deriva de la palabra anglosajona primavera. La Cuaresma es un tiempo privilegiado para reajustar nuestras prioridades, para abrir las estancias de nuestro corazón y sacar a luz nuestro “yo” para ver esas áreas necesitadas de limpieza y brillo. La limpieza interior, la conversión, es el centro de la Cuaresma. En la Iglesia de los primeros siglos, la Cuaresma era el tramo final de la ruta de los catecúmenos que se preparaban al bautismo; era también el tiempo cuando los penitentes públicos, ya bautizados, eran separados de la asamblea debido a sus pecados, y se preparaban a la reconciliación con Dios y con la comunidad.

Los itinerarios de catecúmenos y penitentes coincidían en la conversión. Los catecúmenos caminaban a las aguas bautismales, y los penitentes a la reconciliación. Hasta el día de hoy, la Cuaresma es bautismal y penitencial.

Volverse, arrepentirse, reconciliarse y renovarse son palabras que escuchamos en las liturgias de la Cuaresma. Se trata de retornar o re-hacer, pero con la implicación de “des-hacer”, es decir dejar de hacer el mal-hacer para retomar el buen-hacer. Durante la Cuaresma, Dios nos llama a retornar a la inocencia infantil, a la simplicidad y a la alegría.

La oración nos ayuda a retornar a la inocencia infantil. La oración nos impulsa al retiro, tal como Jesús dice: «Cuando tú vayas a orar, entra en tu habitación, cierra la puerta y reza a tu Padre a escondidas» (Mateo 6:6, *La Biblia de nuestro pueblo*). La oración nutre nuestra relación con Dios y con nosotros mismos. La oración quita las múltiples caretas o máscaras del ego que lucha por sobrevivir e imponerse. La oración nos dice que está bien ser lo que somos, pro la oración nos limpia y nos cambia.

El ayuno nos ayuda a recuperar la simplicidad infantil. Ayunar nos desafía a confiar en que Dios nos provee cuanto necesitamos. Ayunar nos da lucidez para elegir nuestras prioridades. Porque nuestro sistema digestivo no tiene que trabajar tan duro cuando ayunamos, nos concentramos mejor en lo que interesa. El ayuno debe provocarnos hambre de Dios. Ayunar nos cambia.



La oración nos ayuda a retornar a la inocencia infantil.

Dar limosna nos ayuda a volver a la alegría infantil. Socorrer nos lleva a reconocer cuánto hemos recibido y nos llena de gratitud y alabanza. La limosna nos libera del miedo de rendirnos y entregarnos a lo que tenemos y a lo que somos para los demás. Dar limosna requiere de humildad. Como Jesús dijo, «Cuando tu hagas limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; de ese modo tu limosna quedará escondida» (Mateo 6:3-4). La verdadera humildad produce alegría. Dar limosna nos transforma.

Es Dios quien nos llama a conversión, y es la gracia de Dios la que nos transforma y nos acompaña en el itinerario de oración, ayuno y limosna durante la Cuaresma. Pidamos en oración valentía para abrirnos a esa gracia y llegar a la Pascua, el banquete mayor de nuestro año litúrgico, con un corazón limpio y un espíritu renovado.